

PRÓLOGO

En este libro, Manuel del Río Martín capta la atención del lector desde la primera página y lo hace reconstruyendo la biografía de pilotos republicanos durante la Guerra Civil española. Pero estamos ante una obra donde lo interesante es tanto la reconstrucción de las vidas del personal de las Fuerzas Aéreas de la República que lucharon a favor de la democracia durante la contienda de 1936 a 1939, como la forma en que el autor la expone.

Y es que desde el principio toma mucha fuerza lo que será uno de los ejes que vertebra este libro: la reflexión metodológica, que se explica tanto en la introducción como en el grueso la obra, en los capítulos II, III y IV. Así pues, *La memoria y los pilotos de la II República durante la guerra civil española* invita al lector a que participe en la metodología de la ciencia histórica a partir fundamentalmente de testimonios de los protagonistas –orales o escritos– y, a su vez, en la interpretación de la materia histórica tratada. Quien lea el libro se introducirá en los procedimientos de disección, en las preguntas que Del Río formula y en los recursos y estrategias de análisis que activa, y al mismo tiempo en los resultados de la investigación.

El autor señala desde las primeras páginas cuál fue el origen del libro y cómo llegó a analizar el origen sociológico y la vida de los pilotos, y no fue otro que el afán por comprender mejor el conflicto a partir de algunos protagonistas del mismo. En ese sentido, Del Río ha intentado realizar un libro de historia con la base de los testimonios de «personas comunes, [...] gente corriente (que) experimentaron la terrible experiencia de la guerra». Y no me resisto a anticipar una hermosa frase y que describe la sugerente motivación del autor en la elección de su investigación: «(la) necesidad de poner en un primer plano sociológico e histórico a la gente pequeña que en los grandes acontecimientos que jalonan el devenir humano siempre queda en un segundo plano». Se sigue, por tanto, la estela de Ronald Fraser en su obra *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, que supuso uno de los primeros acercamientos a la Guerra Civil desde la óptica de los protagonistas, y no de los grandes actores, sino de gente corriente que sufrió directamente el conflicto.

La obra contiene una doble lectura, la sociológica y la histórica. Sociológica porque a través de los testimonios de los pilotos el autor es capaz de recrear la realidad social y política por la que transitaron sus vidas. E histórica porque esas vidas se juntan en una coyuntura determinada y traumática, la Guerra Civil española. Esta doble lectura confiere a la obra un valor añadido.

La fuente principal de la que se sirve el autor son las entrevistas personales a supervivientes del colectivo de aviadores y el material autobiográfico que estos escribieron a lo largo de sus vidas. Y aunque la fuente oral es la nuclear de este estudio, no es la única. Del Río da muestras de conocer un material de registros variados y bucea por él, y lo incorpora al trabajo: un número «representativo» de monografías de otros tantos pilotos, publicaciones periódicas editadas por las asociaciones de aviadores, literatura memorialística y una cuidada y selectiva bibliografía.

Es destacable que la edad de las personas que el autor ha entrevistado es muy avanzada, todos rondando los 90 años, por lo que el trabajo empírico realizado es muy meritorio y con unos resultados, como observará el lector, sobresalientes. Como ya hemos dicho, la principal fuente es la palabra viva, la fuente oral. Un tipo de fuente que se deviene fundamental cuando la pretensión del historiador, como es el caso de este libro, es hacer historia del tiempo reciente, del pasado más o menos inmediato. En estos casos la entrevista es un medio insustituible pero que debe ser muy trabajado. Solo así se conseguirán unos resultados óptimos por el entrevistador y que aporten información relevante, como lo ha conseguido Manuel del Río. El orden, la organización de las preguntas y la exposición de las respuestas que se suceden en orden cronológico en los capítulos segundo, tercero y cuarto, son extraordinarios.

Marc Baldó, catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat de València, hace unos años en el prólogo del libro de José Antonio Vidal *La memoria reprimida. Historias orales del maquis*, defendió que «la fuente oral tiene unas posibilidades que no conservan otros registros [...]». El documento oral sirve para exhumar información sobre situaciones, experiencias y grupos sociales que dejan escasa huella en otros registros». Esto mismo lo ha aprovechado perfectamente Del Río en el libro que tenemos en nuestras manos. Como también señalaba Baldó en aquella obra, no hay archivo, que no sea el de la memoria, en el que se pueda conocer las razones por las que, en este caso, un joven decida ser piloto para enseguida combatir a favor de la República. En definitiva, la fuente oral permite adentrarse en la experiencia de lo cotidiano, en la experiencia vital de aquellos combatientes.

Merece mucho la pena leer con atención la reflexión que el autor realiza sobre el propio concepto de memoria y su relación con la historia. Es muy clarificadora la diferencia que expone entre memoria colectiva y memoria histórica, y expone que en su libro se encuentra la memoria colectiva de los aviadores de

la República durante la Guerra Civil, «que comparten una serie de recuerdos o ideas que pueden ser comunes con otros combatientes republicanos pero, por otra parte, ellos han generado una memoria colectiva con recuerdos, ideas y sentimientos que les afectan exclusivamente a ellos».

En el capítulo V el autor presenta las conclusiones de su investigación. Es la parte cualitativa del libro que completa perfectamente el ejercicio metodológico de todo lo anteriormente presentado. Sin desvelar ninguna de las reflexiones finales, sí destacamos la observación genérica sobre el paso por las Fuerzas Aéreas de la República de todos los entrevistados, todos los protagonistas de esta historia, pues todos dijeron sentirse «orgullosos», y «combatieron y cumplieron con su deber hasta el último momento».

Y como la historia no nos habla solo del pasado, queremos resaltar la referencia que se hace en el último capítulo a los lugares de la memoria, en concreto a San Miguel de los Reyes, donde estuvieron presos un buen número de aviadores republicanos. En este antiguo monasterio a las afueras de València, hoy sede de la Biblioteca Valenciana, a finales de 2016 se descubrió una placa con el objetivo de que todo el mundo conozca y no olvide que en aquel lugar dejaron su vida o muchos años de su vida unos valientes por luchar contra la barbarie y defender la democracia y la libertad.

Ximo Puig Ferrer

PRESENTACIÓN

«Del dulce sueño de volar al trauma de la derrota. A propósito de la memoria olvidada de los aviadores republicanos»

Este libro es el fruto de una excelente tesis doctoral desarrollada, bajo mi dirección, por Manuel del Río y leída en la Universidad de Alicante en el año dos mil quince. Unos pocos años antes, Manuel era documentalista de la UGT y había realizado una ingente recopilación de material audiovisual y de entrevistas a los aviadores republicanos en las que había demostrado que sabía llegar a las razones y a las emociones de los entrevistados y transmitir de ellos una fresca y vital humanidad en el contexto de los difíciles tiempos que les tocó vivir. Además, deseaba hacer una tesis con su material, por lo que se dirigió a mí, debido a nuestra común vinculación con ADAR (la Asociación de Aviadores de la República), y acepté encantado el reto de dirigir una tesis dedicada a la memoria de estos aviadores. En efecto, para mí, suponía un desafío porque mi especialidad es el campo de la Sociología de la Cultura y de las Artes, porque siempre he sido un pacifista irrenunciable y porque mi infancia y, por tanto, mi memoria personal está mucho más imbuida del «estado de ánimo» de la pobreza que de un republicanismo militante. Ahora, visto en perspectiva, le agradezco muchísimo a Manuel el que, merced a su sensibilidad y a la indudable maestría con la que ha hecho su trabajo, el que yo haya podido aprender –desde su tesis y desde su libro– tanto de una época tan convulsa y de unos personajes olvidados por la historia oficial y que, sin lugar a dudas, merecían –como reclama W. Benjamin– entrar en la historia común de todos los españoles.

Precedido por una introducción y rematado por unas conclusiones, el libro está estructurado en tres etapas de la vida de los aviadores republicanos: su infancia y juventud, su participación en la Guerra Civil española y la represión que padecieron después de la guerra. Podría inferirse de estas tres épocas que, en realidad, quedan congeladas en cuatro estados de ánimo de los aviadores: su sueño por volar, el cumplimiento del mismo, la drástica caída y el

reinicio-remonte de sus vidas. En todo caso, este es un libro plenamente sociológico e histórico, pues su objeto de estudio lo constituye las vidas de los aviadores en el contexto de su formación, de su profesionalización y de su exilio interior y exterior. Sin olvidar que su situación personal, individual y subjetiva, se enmarca y se determina, ampliamente, en una época política, social y cultural muy compleja, muy dinámica, muy turbulenta y, a la postre, muy transitoria. Y es que, hoy, algunos investigadores bucean en ella buscando el origen de la democracia española contemporánea, mientras que otros consideran que supuso una fase importante en el camino de modernización del país truncada por el franquismo. Lo cierto es que marcó, indeleblemente, la biografía de unos seres humanos comprometidos hasta la médula –en sus ideales y en sus prácticas– con la época que les tocó vivir y sufrir.

Por otra parte, con un libro dedicado a los aviadores de la República, Manuel del Río ha hecho un ejercicio de verdadera imaginación sociológica –Wright Mills–, en la medida en que ha tratado de compaginar el estudio de los individuos en su colectividad. Sin olvidar que constituye un buen ejemplo de Sociología de la Memoria, en el sentido que le adjudicó M. Halbwachs, en *La memoria colectiva*, de que la memoria confronta lo colectivo y lo individual –el recuerdo individual como límite de las interferencias colectivas y la necesidad de una comunidad afectiva como límite de la memoria individual–; lo colectivo y lo histórico –la interpenetración de la memoria autobiográfica y de la memoria histórica–; y en un tiempo y espacio determinados. Además –como explicita M. del Río, siguiendo a Halbwachs–, el libro se adentra en la memoria de un grupo, el de los aviadores republicanos, muy organizados y unidos afectivamente, antes y después de la Guerra Civil. Me pregunto si actualmente, en el contexto de la Sociedad de la individualización –N. Elias y U. Beck– y de la separatividad –Sociología de las emociones–, sería posible tratar de desvelar la memoria de algún grupo contemporáneo o al menos hacerlo con tal grado de éxito.

El libro también se encuadra en la memoria desde la perspectiva de P. Ricoeur, expresada en *La memoria, la historia, el olvido*, en tanto que él considera que el olvido y el perdón van juntos en la memoria, ya que la problemática del olvido es la memoria y la fidelidad al pasado, mientras que la del perdón es la de la culpabilidad y la de la reconciliación con el pasado. No extrañe que –desde el punto de vista de Ricoeur– el perdón constituya el horizonte común de la memoria, de la historia y del olvido y, concretamente, que sea el «horizonte de una memoria apaciguada, incluso de un olvido feliz». Pero, tengo dudas de que en España la memoria de la Guerra Civil se haya apaciguado, de que de lo que se trate sea borrar de la memoria felizmente los acontecimientos del pasado. Ello pasaría por el reconocimiento, por parte de los vencedores y del conjunto de la sociedad, de la memoria de los olvidados que, por cierto –como se verá–, manifiestan su deseo de reconciliación, de formar parte con naturalidad de la

sociedad democrática y, en suma, de perdonar. El perdón se ha producido, pues, antes que la memoria saliera a la luz y junto al olvido de una parte importante de la sociedad española.

Manuel del Río resume en sus conclusiones pormenorizadamente los asuntos evocados a lo largo del libro. Cita, por ejemplo, la personalidad activa y dinámica de los pilotos, los protagonistas del libro, y que ni la guerra ni la posguerra conseguirán adormecer su espíritu inquieto. Por lo demás, en general, pertenecen a las clases medias y la posición económica de sus familias es desahogada. Los pilotos, aunque se inclinan hacia la izquierda, no fueron militantes políticos activos y eso que la España de los años treinta estuvo cargada de ideología y la sociedad estuvo altamente politizada e ideologizada. En cualquier caso, todos ellos acudieron en defensa de la República en el momento del Golpe de Estado y casi todos creyeron que la guerra iba a ser corta y que la ganarían.

Al principio de la contienda, la aviación republicana constituía un coto cerrado para las clases acomodadas, pues la mayor parte de los componentes de la aviación procedía de los estratos más elevados socialmente. Por el contrario, los nuevos pilotos republicanos formados durante la guerra provenían de las clases populares, lo que supuso una evidente modernización y democratización de las Fuerzas Armadas, no exenta de ciertas tensiones internas en el ejército del aire, motivadas por el activo clasismo y corporativismo de los pilotos más antiguos. La llegada de pilotos soviéticos los confrontó a otra realidad técnica y civilizatoria, por cuanto que los encontraron muy organizados, amables y educados. Junto a ello, aparece una cierta idealización de los logros obtenidos por la URSS, olvidando en general los efectos desastrosos de la época de Stalin; en contraste, son muy críticos con respecto a Francia, a la que culpan de la falta de suministros a la República y del desastre final.

Debido a la influencia del universo soviético y a la marcha de la guerra, todos los aviadores republicanos manifiestan que eran partidarios de la creación de un ejército profesionalizado y disciplinado. Y es que ellos se sentían bien en un ambiente de orden, de disciplina y de rigor, aunque si no se hubiese producido la guerra no se hubieran alistado en el ejército, pues tenían incluso aversión a la disciplina militar. Así pues, la contienda moldea su personalidad de manera que terminan interiorizando la mentalidad militar.

Pero otros componentes también están presentes en dicha mentalidad. Ante todo, para ellos es importante volar, un sueño que viene de lejos y que consiguen cumplir. Todos coinciden en que el primer vuelo representó una auténtica experiencia iniciática, pero no niegan que el miedo, sobre todo al principio del ascenso del avión, y la muerte no les abandonan nunca. Y eso no es un obstáculo para que, al mismo tiempo, su estado de ánimo y su moral fueran muy altos durante la guerra. Y es que, a pesar de la falta de aparatos suficientes para

enfrentarse a la aviación sublevada, nunca tuvieron un sentimiento de inferioridad técnica frente al enemigo y, sobre todo, les acompañó en todo momento la plena conciencia de que sus causas eran justas: la lucha por la democracia y por la libertad y contra el fascismo.

Fundamentalmente, eran jóvenes y, como tales, además de hacer la guerra, procuraron divertirse al máximo y disfrutar del tiempo libre que les quedaba entre combate y combate. Pero no pudieron dejar de observar, con una cierta melancolía, que la guerra entristecía sobremanera las ciudades que visitaban: Valencia, Barcelona y Madrid —en el tramo final de la guerra, particularmente—.

La melancolía se trucó en tragedia cuando las armas republicanas fueron derrotadas, pues ello conllevó la destrucción del mundo y de los valores que les habían acompañado durante la contienda. No debe olvidarse que, para ellos, la aviación republicana representaba la defensa de la democracia y que había supuesto, también, el cumplimiento de su deseo juvenil de volar, así como su ascenso social y profesional. Todo ello —su juventud, su idealismo y su estatus— se vino abajo, drásticamente, abruptamente, con el final de la contienda.

Ahora bien, si es verdad que algunos valores parecieron acabarse, otros emergieron o se pusieron en práctica con vigor en esos momentos dramáticos de frustración, de humillación y de represión que siguieron inmediatamente al final de la guerra: la sana camaradería, la solidaridad y las relaciones fraternales salieron a la luz tras la reclusión o el exilio en las cárceles o en los campos de concentración y de trabajos forzosos españoles, franceses, argelinos o marroquíes.

La política oficial de los vencedores, con la ayuda de la Iglesia, trataba de «reeducar» a los pilotos en los principios cristianos, pero ellos, debido a las redes de solidaridad creadas en el interior de las cárceles, a la ayuda externa de familiares y amigos y a unas fuertes convicciones ideológicas, no se sometieron nunca a la presión ejercida por las autoridades franquistas. Además, «se mantuvieron firmes en sus principios republicanos y activos en el plano intelectual, soportando con gran dignidad y entereza las arremetidas ideológicas» de esos mandos.

Señala Manuel del Río que es posible que el movimiento asociativo de los aviadores republicanos —las asociaciones de México y de Francia, así como ADAR, en España, convertidas en vehículo canalizador de la memoria— se explicara por esa actitud activa de mantenimiento de sus posiciones ideológicas y del deseo de conservar su memoria. También, a su espíritu de cuerpo, traducido en sentimientos de amistad, de compañerismo y de solidaridad muy fuertes.

En todo caso, esa memoria es muy vívida —en algunos casos incluso muy detallada en cuanto a fechas, acontecimientos, personajes y lugares— y está imbuida por el espíritu de reconciliación y por el deseo de integración en la nueva España Democrática que trajo la Transición tras la muerte del Dictador.

Ello no quiere decir que esta memoria no suponga una fuerte idealización y que haya construido sus propios mitos: de personajes como Emilio Herrera Linares o Ignacio Hidalgo de Cisneros; de acontecimientos como la defensa de Madrid, de 1936, y la Batalla del Ebro; de los aviones soviéticos –los «chatos», los «moscas», los «katiuskas»–, que formaban parte de la existencia del aviador, que eran su «cuerpo»; del Estado soviético de los años 30; de lugares como los aeródromos, las escuelas de Kirovabad o la Escuela de Mecánicos de Godella, los campos de concentración y las cárceles. Es ésta, pues, una memoria idealizada y mitificada, pero que no oculta ni la alegría de la juventud, ni el deseo de aventuras, ni el heroísmo, ni el sufrimiento atroz.

En este sentido, no hay que olvidar –Manuel del Río lo evidencia una vez tras otra– que la experiencia del final de la guerra fue muy dura y traumática para los aviadores, pero también destaca que supieron rehacer sus vidas con una gran energía y con imbatibles ganas de vivir –esto me recuerda la idea de H. Arendt de que siempre es posible reiniciar la vida–. En definitiva –considera Manuel del Río en un gesto de empatía con ellos–, que los pilotos no fueron finalmente vencidos, al mantenerse firmes en sus ideales y al superar su frustración con el perdón y el deseo de reconciliación; al respecto, son varios los recuerdos de los vencidos que remiten a la generosidad hacia ellos de algunos vencedores, considerados como «buenas personas». Esta memoria expresa, igualmente, una vuelta a la juventud, en la medida en que los aviadores están reconstruyendo las vivencias de aquel momento en el que contaban con 20 años, y lo están haciendo justo en su vejez, al final de sus periplos vitales. Como señala el historiador de las religiones Mircea Eliade, precisamente en los momentos de «terror a la historia» –en este caso, producida por la conflagración civil y el trauma de la pérdida de la misma– emerge una nostalgia por el paraíso, por ese dulce momento en el que los aviadores cumplieron su sueño de volar y del que, al igual que sucede con el mito del paraíso bíblico, fueron expulsados y al que nunca volverían. Es probable que éste constituya uno de los fundamentos de la memoria de los aviadores, pero la que ellos nos dejan a nosotros es menos retroactiva y mucho más perenne: los ideales de justicia, de honor, de libertad, de solidaridad y de democracia son inextinguibles

Finalmente, quisiera hacer mención, aunque sea brevemente, al olvido, a lo que no recuerdan los aviadores –con pocas excepciones– o a lo que no está tan presente como debería en el magnífico libro de Manuel del Río: las reflexiones sobre la guerra y los desastres generalizados que provoca en los vencedores y en los vencidos, en las ciudades, en los campos y en sus habitantes. Apenas unas pocas descripciones o breves referencias parecen referirse a un tema que ha quedado oculto. Es probable que el dolor constituya un importante anestésico, como también la culpabilidad –a la que hace referencia P. Ricoeur–, ese sentimiento que tal vez embargue a los pilotos por haber participado en el

derramamiento de sangre de hermanos y, sobre todo, por haber perdido la guerra, y lo que es peor, la democracia. Sin embargo, creo yo, ello no empequeñece la grandeza y la dignidad de los perdedores, su honestidad y su coherencia, como tampoco su profunda humanidad. Ése, me parece, es el mejor valor de la memoria de los aviadores, de este libro que se hace eco de ella y de su autor por haberla transmitido con fidelidad y pericia; lo otro, lo no desvelado, lo que todos perdimos y sufrimos con distinta intensidad y sensibilidad, quizás podría ser el motivo de otro libro.

Juan A. Roche Cárcel,
Universidad de Alicante,
octubre del 2017